

MEMORIA COLECTIVA Y REPARACIÓN

Ponencia del Dr. Alfonso Rodríguez G. Simposio Niñez y Conflicto Armado.
XLVI Congreso Nacional de Psiquiatría. Cartagena - Colombia.
Octubre 14 de 2.007.

Hace tan solo dos días, se conmemoró la llegada de los europeos al Nuevo Mundo. El 12 de Octubre de 1.492 invita a conmemorar el Día de la Raza, Día del Descubrimiento o del Encuentro de Dos Mundos y según editorial del periódico El Tiempo de hace dos días, implicó el desembarco de la cruz y la espada a este territorio, además de la llegada de una lengua que, con el paso de los siglos, ha permitido construir una identidad latinoamericana más o menos común. Luego de más de 5 siglos, vemos que el proceso se invierte y ahora son los países del Viejo Continente los que ven como un problema social creciente la entrada de inmigrantes americanos a Europa, ello se advierte en el incremento de la xenofobia y de leyes y regulaciones cada vez más estrictas.

De cómo se cuenten estas historias depende en buena parte la consolidación de un imaginario social común y de una identidad o carácter latinoamericano. Pero también, de la forma en que esta historia ha sido contada deviene una serie de consecuencias históricas, al punto que sociedades jóvenes como las nuestras han sufrido en el último siglo casi de forma paralela, los traumatismos de la violencia socio-política y las dificultades en establecer que recordar y que olvidar. Producto de la inmadurez de nuestras imberbes democracias, se repiten formas de poder violento empleadas y aprendidas desde la conquista de nuestros pueblos, que tanto entonces como ahora, siguen siendo impuestas mediante la cruz, la espada y la lengua transmitiéndose de generación en generación.

Es lugar común afirmar que nuestra identidad está amarrada al reconocimiento de nuestros orígenes y que para entender nuestro presente debemos acudir a nuestro pasado, reconocerlo y analizar sus conexiones. Para el caso colombiano, nos encontramos en un momento coyuntural y decisivo donde este análisis desempeña un papel fundamental en la reconstrucción del tejido social destruido por más de cinco décadas de conflicto armado, esto si se tiene en cuenta el periodo de tiempo que decidió contemplar la Ley de Justicia y Paz.

La Organización Mundial de la Salud registra que con el paso del tiempo vienen siendo más altos los índices de población civil afectada directamente por el conflicto bélico. Si para la Primera Guerra Mundial un 20% de las muertes correspondía a no combatientes, en la actualidad un 90% de los afectados en conflictos bélicos y actos terroristas son civiles. En la década de los noventa ya se hablaba de más de 30.000 muertes ocasionadas por razones políticas en Colombia y aunque se afirma que la tasa de homicidios de líderes sociales y sindicalistas ha decrecido, es claro que estos procedimientos continúan pero de manera selectiva, sumándose a otras estrategias de intimidación y terror como la desaparición forzada, la amenaza o muerte a familiares de los líderes y el destierro.

Sin cadáveres se asume que las estadísticas mejoran y se puede seguir barriendo bajo el tapete, pero cada vez son más, los que levantan su voz contra la violación de los DDHH y el DIH haciendo resistencia al terror y al silencio, que muchas veces viene impuesto desde los medios de comunicación. Como bien dijo el Dr. Ismael Roldán al recibir su homenaje durante la ceremonia de inauguración de este Congreso, los medios incurren en tres prácticas que intensifican la desmemoria y el acallamiento de la sociedad, son ellas la dramatización de los hechos, la polarización y principalmente en mi concepto, la trivialización.

En un escenario como el colombiano, los hechos de violencia van uno seguido del otro sin alcanzar la metabolización o elaboración del precedente, transformando la vida cotidiana en algo amenazante y disminuyendo la capacidad de predecir lo que ha de suceder con base en la experiencia. Si la experiencia pierde su valor, agoniza la subjetividad, entendida como la capacidad de registrar la experiencia, significar lo vivido y calcular las acciones siguientes. Moty Benyakar, refiere que la acumulación de hechos violentos crea un entorno disruptivo, con las siguientes características:

1. La constitución de un clima de amenaza difusa e irreconocible.

2. Cuyo origen ocurre en las acciones intencionales humanas.

3. Y que tiende a convertirse en un estado de vida permanente “normalizándose” o “naturalizándose”.

La cronicidad de los eventos dolorosos conforma entonces un entorno disruptivo e impredecible donde la imposibilidad de significar los eventos o re-presentarlos, produce intenso sufrimiento psíquico y aumenta el riesgo de enfermedades mentales. En palabras de Jean Furtos, quien recientemente nos visitó, todo esto conduce a lo que él llama el síndrome de autoexclusión, en que se pasa de:

- Un sufrimiento que ayuda a vivir,
- luego a un sufrimiento que impide sufrir y
- finalmente impide vivir o sentir.

Como colombianos, muchos somos los excluidos pero aún más somos los autoexcluidos, que no logramos ser protagonistas de nuestro propio destino; la anestesia, la sumisión y la indiferencia son maniobras colectivas e individuales que permiten sobrevivir, para no vivir ni sentir el dolor. La labor de resistencia frente al miedo de recordar, implica que vencamos la impotencia y aceptemos nuestra responsabilidad como psiquiatras respecto al papel de nuestras prácticas en el acompañamiento a las víctimas, en la superación de su dolor y en la configuración de los interlocutores, tanto ellos como nosotros, en sujetos con derechos y con capacidad transformadora de realidades.

Existen formas de alimentar la memoria colectiva que provienen de fuentes como la construcción de monumentos, la ritualización simbólica evocadora y la expresión artística en varias de sus formas. No obstante, los psiquiatras y en general quienes trabajamos en salud mental poseemos la herramienta de la palabra para participar activamente en estos procesos de memoria, así ha sido en otros países, no solo como testigos silenciosos del sufrimiento ajeno, si no mejor aún como facilitadores en la creación de nuevas identidades narrativas que den sentido al dolor de individuos y colectivos.

Este proceso implica proximidad, dejar de percibir el dolor como ajeno y trascender la neutralidad aséptica de nuestros consultorios para entrar en lo que E. Lira llamó un “círculo comprometido” en que se sufre con el otro y se mantiene claro que las víctimas son sujetos activos, más allá de enfermos o pacientes a los que hay que diagnosticar y medicar.

Imaginando este proceso de acompañamiento, como un acto similar al que ocurre en el origami o papiroflexia, en que una hoja plana adquiere la forma de una bella figura, el encuentro íntimo entre los sujetos implicados y comprometidos alrededor de las experiencias dolorosas, permiten **re-visar** el pasado, es decir re-visitarlo en un proceso de re-flexión y re-vuelta en el sentido dado por J. Kristeva.

La plegaria, término cuya etimología remite a acompañar a otro en el dolor, es una apuesta por generar nuevas narraciones, por lograr un acto creador que brinde nuevos sentidos, en la complicidad empática con el que sufre, para que renazca como sujeto y se des-pliegue nuevamente su acción en el mundo. Disculpen por el abuso de los términos.

Visto así, el encuentro con nosotros como testigos, permite la reconstrucción de la historia, cuando hablamos de los colectivos y de la biografía al referirnos al ámbito individual, con el fin de poder seguir viviendo. Quizá esto no se logre, como plantea Estanislao Zuleta, si seguimos promoviendo el ideal de buscar la paz a toda costa, de llegar a una vida sin dificultades ni problemas, donde la eliminación física o psicológica del opuesto se prefiera a la confrontación de las ideas y al reconocimiento de las diferencias. Aún pensamos que vivimos en un paraíso de biodiversidad incalculable que se puede explotar sin misericordia hasta su devastación y mientras usamos la frase de cajón según la cual, los niños son el futuro del país, permitimos que niños y juventudes sean usados de manera instrumental en el trabajo informal, la prostitución y la guerra.

Somos una sociedad de individuos que promueve la desconfianza y el individualismo, una especie de “sálvese quien pueda”. En caso de fracasar en el éxito de la empresa, los que no han logrado salvarse pueden ser diagnosticados de presentar depresión mayor o estrés postraumático, ocultándose la vivencia, la memoria y el sentido, detrás de una lista de chequeo y una fórmula médica. Esto no significa que desprecie

el empleo de estas acciones en algunos casos, significa que estas acciones instrumentales y aisladas no deben reemplazar la comprensión de los aspectos interpersonales y de contexto y que por otra parte, es necesario marcar una diferencia entre trauma y duelo.

En el **trauma**, las percepciones relacionadas con los hechos disruptivos inundan el aparato psíquico impidiendo nuevas inscripciones a futuro, produciendo un impacto siempre destructivo que no permite nuevos significados, el empleo de mecanismos de afrontamiento y la resiliencia permiten sobrellevar sus efectos pero las heridas siempre estarán allí. En cambio en la **pérdida** relacionada con el duelo se anuncia y se significa que hay algunas sensaciones y percepciones que nunca volverán, por esta razón se puede constituir en acto creativo en que surgen nuevos sentidos.

Ricoeur, anota que los procesos de memoria en individuos y colectivos implica reconocer que unos sucesos ya hacen parte del pasado, es decir, se encuentran ausentes y en un segundo paso, implica la creación de una imagen de estos sucesos que ahora están re-presentados en la imaginación individual o en el imaginario colectivo y continúan reelaborándose y transformándose con el transcurrir del tiempo una vez creadas. Esto es lo más cercano posible a lo que consideramos una elaboración del duelo. Es decir que los individuos y las sociedades evolucionan y tienen su dinámica gracias a los duelos que elaboran y superan, del reconocimiento de sus pérdidas y el sentido que le den a las mismas.

Cuando se supera la pérdida del objeto y se privilegia el recuerdo de la experiencia vivida con él, la experiencia puede ser integrada al sujeto y al colectivo generándose una identidad narrativa que permite seguir adelante. En caso contrario el duelo se congela, el presente queda adherido al pasado y se repite sin fin la pérdida, sin poder elaborarse en una imagen que la remita al pasado. Por tanto no puede ser recordada si no que es presentificada en el proceso individual. En lo colectivo los sucesos no quedan inscritos en el marco general de una historia comprensible si no que se presentan de manera fragmentada y sin hilación, entorpeciendo los procesos de reparación social.

El rescate de la memoria colectiva en los procesos de reparación y reconstrucción del tejido social debe ir más allá del inventario de pérdidas materiales y su restitución, mucho menos debe limitarse a una indemnización económica. A los duelos por las pérdidas económicas y materiales, por los muertos y las lesiones físicas ocurridas, se suman los duelos por la pérdida de sentido y de significados, que tienen alto impacto en la cultura y en la cohesión de las comunidades, pero que según J. C. Metraux, son escasamente tenidos en cuenta en la investigación psicosocial y en los procesos de reparación, más aún en contextos como el colombiano, donde no es dado hablar de un postconflicto y la población es en repetidas ocasiones amenazada y revictimizada por las instituciones que se supone les prestan asistencia. En estas condiciones no hay tiempo para el duelo, ni para pensar en el futuro y lo viable es una estrategia de sobrevivencia donde el sufrimiento queda aplazado.

Esto lo vemos a diario los psiquiatras cuando percibimos cierto estoicismo entre las comunidades rurales, indígenas y afro descendientes, que han sufrido un genocidio sistemático para precipitar su desplazamiento de regiones donde hay intereses de particulares y multinacionales. Aquí, no es posible centrarse en la elaboración de los duelos individuales al atender a estas víctimas, dichos sufrimiento indudablemente deben entenderse en el contexto de los duelos colectivos. Es en este marco, donde se ubican los "objetos" comunes perdidos que producen graves lesiones en el tejido social, como son la impunidad, el ocultamiento de la verdad y la reivindicación y justificación de los perpetradores, como ocurre en el actual proceso judicial seguido a los líderes paramilitares y los llamados parapolíticos.

La forma inequitativa en que los victimarios son protegidos por las instituciones, por encima de las víctimas y el manejo de los medios para dar más voz a los primeros que a los segundos, aumentan los daños al tejido social y al dolor de la comunidad. La fragmentación social dificulta la acción colectiva cuando se acompaña de desesperanza, impuesta desde aquellos que deberían brindar protección y apoyo. En resumen y en términos de Metraux, este deleznable panorama produce dos tipos de duelos:

- Aquel producido por la **pérdida de los sentidos compartidos** y
- Aquel dado por la **pérdida del Sí mismo del colectivo**.

En este momento ciframos nuestra esperanza en que la justicia permita esclarecer los crímenes y señalar a los culpables. Pero a mi entender, esto no va a ser suficiente ya que los procesos jurídicos no dejan ver la sistematicidad de las acciones de los violentos en conjunto y tienen el carácter de juzgar a los casos individuales. Se requerirá, más allá de la verdad jurídica, la reconstrucción y esclarecimiento de la **verdad histórica y política**, oculta en lo que se insiste en hacer ver como hechos aislados. No va a ser suficiente para ello la construcción de monumentos y de museos de la memoria, que pueden por el contrario congelar el surgimiento de nuevas narrativas.

Los medios de comunicación, también juegan aquí su papel y las imágenes de horror de las fosas encontradas y del sufrimiento de los familiares va seguido de las declaraciones de los victimarios con sus “verdades” contadas a medias y, acto seguido por la presentación de lindos modelos sobre los chismes de farándula o la puesta en escena de programas donde se revelan otro tipo de verdades que hacen parte de la intimidad de los participantes, a cambio de dinero. Todo este manejo de medios produce en su conjunto una amortiguación del dolor que impide su análisis y hace pensar que ya todo pasó y que lo importante es reconocer lo sucedido y hacer “borrón y cuenta nueva” sin consultar con los afectados. En estos escenarios utópicos se alienta la búsqueda de la “Verdad Última” cuyo fin es la reconciliación entre las partes, pero se olvida que estos procesos son solo medios para reconocer la irreversibilidad de lo perdido y crear una nueva identidad narrativa compartida que impida la repetición de los ciclos de violencia.

Los procesos de reparación relacionados con la memoria colectiva, no implican la elaboración simultánea de los duelos individuales en el conjunto de afectados, si estos se dieran de manera homogénea se tendería a la negación propia de las etapas en que el objetivo es la sobrevivencia o se llegaría a la mistificación de los hechos del pasado para ejercer sobre ellos un control o dominio bajo el yugo de la memoria oficial. Los procesos deseables son aquellos que no se imponen a las comunidades y que se piensan a largo plazo, incluso de manera transgeneracional, construyendo nuevos sentidos, incluso en la forma en que se enseña a los niños y los jóvenes la historia de lo sucedido.

La ritualización simbólica de las pérdidas constituye otro aspecto importante en la reconstrucción de la red social, de tal forma que se exprese aquello que se desea no se repita y se diga hacia donde queremos ir.

Preocupa en esta transición que los espacios de participación comunitaria propios para el debate de estas iniciativas de reconstrucción de la memoria colectiva desde las misma población civil, vienen siendo ocupados y saturados (muchas veces bajo amenaza) por los mismos perpetradores que ahora fungen como desvinculados del conflicto y quieren habilitarse políticamente para legitimar la continuación de sus acciones. Preocupa también que se siga empleando a los niños y adolescentes como carne de cañón en el conflicto armado. El reclutamiento forzado de niños y niñas para la guerra, la servidumbre y el cultivo de coca indican nuevas formas de esclavitud, que impiden que las nuevas generaciones vean como posible la puesta en práctica de otras formas de convivencia y de resolución de las diferencias por medios distintos a la violencia y entonces acudan a reproducir los patrones de la violencia socio-política en otros escenarios como el pandillismo, la guerra entre tribus urbanas, la violencia en el deporte y la violencia sexual y de género que generalmente se oculta en el ámbito de lo íntimo.

Finalmente, quiero resaltar que todo proceso de reconstrucción de la memoria colectiva que pretenda ser reparador debe partir de dar voz a las víctimas directas, las cuales pueden hablar en primera persona de lo ocurrido ya que fueron protagonistas de los sucesos pasados y a veces también de los presentes, los sobrevivientes que como víctimas pueden hablar en segunda persona de aquellos que fallecieron o desaparecieron, sobre las atrocidades cometidas y por último los que en tercera persona pueden desde la literatura, la historia o el arte (música, teatro, danza, pintura, etc.) pueden dar contexto y testimonio de una época de la que no debemos hacer negación por el bien propio y de aquellos que nos sobrevivan.

Gracias.